BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES

BIBLIOTECA AFRICANA

www.cervantesvirtual.com

INONGO-VI-MAKOMÈ

La emigración negroafricana: tragedia y esperanza

Edición impresa

Inongo-vi-Makomè, *La emigración negroafricana: tragedia y esperanza* (2000)

En

Inongo-vi-Makomè (ed.) (2000) *La emigración negroafricana: tragedia y esperanza*. Barcelona: Ediciones Carena. (pp. 68-75)

Edición digital

Inongo-vi-Makomè, *La emigración negroafricana: tragedia y esperanza* (2014)
Mar Garcia (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Noviembre de 2014

Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades» (FFI2013-44413-R) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso

La emigración negroafricana: tragedia y esperanza
Inongo-vi-Makomè

Integración

La palabra integración, que surgió como respuesta al problema de los inmigrantes, pronto se convirtió en una nueva moda sociológica. A su sombra muchos inmigrantes fueron utilizados como cobayas y sus lugares de residencia pasaron a ser verdaderos laboratorios de experimentación. En España, el Maresme catalán se erigió como santuario propicio y, como tal, fue intensamente explotado. El gobierno de la Generalidad catalán (cogido quizás por sorpresa) carecía por completo de una visión clara y de un proyecto sobre la inmigración. Instalado en la demagogia, se volcó en macro-proyectos: subvencionó algunas fundaciones elitistas y organizó grandes conferencias cuya eficacia residía únicamente en la publicidad que divulgaban los medios de comunicación. Por el contrario, escatimó toda ayuda a los afectados y dejó morir los proyectos de las pequeñas asociaciones o algunas ONG locales, que por su proximidad a los inmigrantes sí entendían sus problemas.

Famosos y eminentes catedráticos de prestigiosas universidades españolas llegaban a los pueblos de Cataluña para estudiar a sus negros. A veces, oyéndoles exponer las tesis de sus estudios sobre nosotros, nos entraban dudas de si éramos habitantes de este mundo y no extraterrestres venidos de otros planetas.

Una vez, en el Centro de Estudios Mediterráneos de Barcelona, un catedrático de una universidad de Madrid exponía así parte de sus conclusiones: «…Hemos convivido con esa gente durante tres meses», decía el profesor, refiriéndose a los gambianos del Maresme, «comen arroz y pollo, y lo compartimos con ellos, señores». El profesor madrileño, sintiéndose admirado y seguramente también envidiado, remató con más fuerza aún su tesis: «Pero esa gente es también diferente, señores. Tienen diferencias entre ellos. Hay mandingas y otras tribus que, entre sí, no entienden sus lenguas, señores, y esto es importante». El profesor terminó su exposición con la receta mágica de moda: «¡Hay que integrarles, señores!». En una escuela de verano de Girona, el conferenciante era un médico que trabajaba en un centro hospitalario del Maresme catalán donde acudían muchos inmigrantes. «A veces hay que decirles», comentaba el ilustre médico, refiriéndose igualmente a los negros, «este bote es para la caquita, caquita, y esto otro para el pipí, pipí…». Las explicaciones, seguidas de gestos infantiles, arrancaron grandes risotadas y entusiasmo en el auditorio. Más adelante el galeno pediría igualmente nuestra integración, lo mismo que todos los demás conferenciantes.

En realidad, la mayor parte de los trabajos desarrollados se referían a las experiencias en las que los nativos contaban lo que habían visto entre los inmigrantes y éstos por su parte hablaban del trato dispensado por los nativos. La palabra integración precedía siempre al discurso sobre el mal comportamiento de los europeos frente a los inmigrantes.

Integración era y sigue siendo la palabra mágica que los europeos, y sobre todo los españoles, esperan que pronuncien los inmigrantes; es también la que a ellos mismos les gusta pronunciar pues creen que representa la solución del problema. No importa que no se explique ni se sepa su significado.

La duda que algunos (pocos) africanos intentamos suscitar sobre el tema no prosperaba. Explicábamos que el problema era grave y serio porque detrás de los inmigrantes, es decir, en África, la miseria aumentaba día a día y con ella el deseo y la necesidad que los africanos tenían de alcanzar la tierra de los blancos.

Conocíamos esta realidad y queríamos transmitir la idea de que la solución más eficaz estaba en ayudarnos a levantar África para que deje de ser esa gran fábrica de pobres, y por lo tanto generadora de inmigrantes, en que los países ricos la han convertido.

Pero la moda vuelve ciegos a los blancos y ahí residía precisamente la gravedad del problema. Los inmigrantes llegan ciegos por la miseria y el hambre; los blancos ya lo son por el poder y su servidumbre ante cualquier moda que se les presente. Nadie, entre estas dos cegueras, alcanzaba a ver que ninguna nación, ni ninguna sociedad puede integrar en su seno a un número tan enorme de inmigrantes sin poner en jaque sus propias estructuras internas. Cuando los blancos entran en plena efervescencia de sus modas, cualquiera que se atreva a aportar opiniones diferentes corre el peligro de quedar marginado porque, curiosamente, no hay otro grupo humano en el mundo que hable, teorice y diga amar tanto la libertad como los blancos occidentales, pero que, sin embargo, disfrute tan poco de ella, ni permita que otros lo hagan.

Al concepto integración fueron añadiéndose otros como multiculturalidad, interculturalidad, etc., que se mezclaron sin saber en qué se diferenciaban unos de otros. Tampoco importaba pues todos acabaron significando lo mismo: ayudar materialmente, o enseñar a vivir entre los blancos al inmigrante. Así, organizar cualquier acto con la presencia de una cara negra, árabe o asiática, era ya un acto de integración, intercultural o multicultural.

La expresión tolerancia se incorporó más tarde como la culminación de los conceptos anteriores. Europa debía tolerar a los forasteros del Sur, es decir, perdonar la osadía de esos inferiores que habían conseguido burlar todos los controles y

prohibiciones para alcanzar sus territorios. Pero en la aplicación práctica de lo que se ha dado en llamar integración, y a pesar de las buenas intenciones de los europeos, encontramos dos factores negativos: el malentendido y la trampa.

Nos parece que había un malentendido en la interpretación y práctica de la integración. La expresión parecía diseñada para enseñarnos y transformarnos, no sabíamos exactamente en qué. Nos daba la sensación de que los blancos no reprochaban ser, aparte de pobres, unos inadaptados y que sólo después de nuestra transformación nos podían aceptar a su lado. De no ser así no entenderíamos el empeño en este tipo de integración que, de una forma u otra, nos culpabilizaba. Los europeos conocían de sobra la facilidad que tenemos los negros para resistir y para adaptarnos en cualquier medio. Los conceptos de tiempo y espacio, que ya vimos, han hecho siempre de la mayoría de nosotros unos integrados por naturaleza. Sabían y saben que los negros apenas extrañan cualquier parte del mundo donde son aceptados.

Pensábamos entonces y seguimos pensando ahora que el problema de la integración, si aplicábamos el verdadero sentido de esta palabra, era de los propios blancos. Creemos que es su deuda con ellos mismos y con la humanidad. Es una asignatura pendiente que han de aprobar y no exigir que lo hagan otros.

Si hacemos un poco de memoria, recordaremos que cuando los blancos llegaron a África y a otras partes del mundo que dominaron fueron ellos los que se auto-aislaron y rehusaron cualquier contacto con los nativos (si exceptuamos lo que los españoles y los portugueses llaman orgullosamente el « mezclarse », y que consistía en hacerles niños a las guapas y jovencísimas nativas. Niños que luego no reconocían). Sus lugares de residencia y de diversión estaban apartados y vetados a los autóctonos.

Cuando las circunstancias nos han obligado a los negros y a las otras razas a venir a Europa son también los propios blancos los que se autoaislan, nos rechazan, nos discriminan, nos desprecian. Pero seguimos siendo nosotros los culpables y los que hemos de aprender a convivir.

Este razonamiento nos ha llevado a pensar que había un malentendido. Creemos que, para conseguir una verdadera integración en Europa, una parte importante del esfuerzo corresponde a los propios europeos. Deben, entre otras cosas, desprenderse de su complejo de superioridad, comprender de una vez por todas que viven en un mundo que, les guste o no, comparten con otros seres humanos iguales en dignidad aunque de culturas diferentes. Deben encontrar la manera de convivir con las otras culturas sin que, en seguida, afloren sus prejuicios. Por suerte no somos los únicos que ponemos en duda este concepto: «…El problema es que la sociedad occidental

tiene cada vez más dificultades para definir qué es integrarse…», afirmaba el sociólogo Davilo Martuccelli.*

Manifestamos nuestras dudas sobre la confusa viabilidad de la integración, entre otras cosas, porque no veíamos la humildad del europeo. En ningún momento buscaba el encuentro en el punto intermedio sino el desplazamiento del africano. Había que transformarle y traerle al campo del europeo, de ahí que habláramos al principio del malentendido, pero, con el paso del tiempo descubrimos la verdadera intencionalidad de esta integración que ya se manifiesta con claridad en algunos países de Europa.

Convencidos de la imposibilidad de expulsar a todos los inmigrantes del Sur, y de que Europa (salvo con una limpieza étnica) ya no se librará de la presencia de éstos, los gobiernos han terminado por aceptar la integración que pedían los grupos sociales, sólo que se trata de una integración meramente mercantil y material. Se pretende con ella garantizar al inmigrante una posición social legal pero dentro de la marginalidad. El inmigrante del Sur se integra trabajando en los empleos que rehúsan los nativos del país o en otros medianamente aceptables y, al ganar un sueldo, aunque sea de miseria, se incorpora no obstante a la sociedad de consumo. Es lo que llamamos integración legal en la marginación.

Un país como España puede ser el motor de este tipo de integración y hasta puede servir de modelo para los otros.

España ha creado un espacio cerrado a los inmigrantes del Sur. Éstos ya se mueven en él sin posibilidad de poder salir. Es un espacio limitado donde los inmigrantes, legales o no, e incluso los que ya adquirieron su nacionalidad, encuentran grandes dificultades cuando ambicionan conquistar alguna posición de prestigio como las que ocupan los nativos. Así tenemos que, si un inmigrante del Tercer Mundo desea realizar cualquier requisito, tenga o no relación con su condición de inmigrante, se le orienta directamente hacia las entidades o asociaciones humanitarias que tratan los problemas de los de su especie. Excepto en los asuntos meramente administrativos, el inmigrante está totalmente eliminado del espacio social que ocupan los españoles.

En Barcelona, por ejemplo, ningún proyecto o iniciativa cultural presentado por una persona con apellidos y facciones del Sur es examinado por los responsables correspondientes. El asunto se envía automáticamente al departamento que se ocupa de la inmigración.

La cultura en esta capital tiene dos sentidos e interpretaciones. Toda manifestación o proyecto cultural de un inmigrante de los países pobres es catalogado directamente como folclore, por lo tanto carece de categoría para ser examinado por el

* Davilo Martucelli. Diario *El País,* Madrid, 30-12-1997.

concejal correspondiente; hacerlo, significaría contaminar su particular sentido de la cultura (aplicado solamente a las culturas locales, así como a los hacedores de las mismas).

A un escritor africano de cuentos, de teatro, o de lo que sea se le presenta como « el escritor de cuentos africanos o árabes… ». Pero nunca oímos hablar de « escritor de cuentos españoles, franceses ». Si el escritor proviene de algún país pobre se añade el consiguiente adjetivo que lo vetará de una crítica seria, sea positiva o negativa.

Sólo en los circuitos que tutelan la marginación legal (alguna publicación misionera, unos folletos de las ONG, etc.), la persona recibirá la crítica paternalista, si es que no se ha metido demasiado ni con la Iglesia ni con los trabajos de las asociaciones. Porque el solo hecho de ser inmigrantes, de proceder de países pobres y de tener color de piel y facciones diferentes nos convierte automáticamente en marginados, merecedores únicamente de la caridad de Bienestar Social y de las asociaciones humanitarias que subvenciona la misma administración para esos fines. « Es difícil, por no decir imposible, que un pintor o cualquier artista latinoamericano progrese en esta sociedad », lamentaba un ilustrador mejicano en Barcelona. Si un día su trabajo es reconocido en estados Unidos, será entonces cuando se le considere de otra manera. Los autores y demás artistas negros y de otros países del Tercer Mundo que gozan hoy de prestigio en Cataluña y en España en general se dieron a conocer fuera. Si hubiesen elegido este reino para desarrollar sus trabajos, seguirían escondidos en el anonimato del agujero de la « integración legal en la marginalidad ».

El Ayuntamiento de Barcelona, gobernado desde hace muchos años por la izquierda, dispone de un Departamento llamado de Derechos Civiles, dirigido por el comisionado de dicha área.

Es el Departamento que gestiona económicamente dentro del programa « Barcelona Solidària », entre otras cosas, todos los asuntos relacionados con las asociaciones de los inmigrantes. Es un departamento que llamaríamos el « Departamento de Marginados legales y diferentes » (diferentes porque la sociedad catalana tiene sus propios pobres y marginados, cuyos asuntos se tratan en otras partes). Y es en esta sección en la que el director de Cultura del mismo Ayuntamiento revisa (nos imaginamos que con cierto desdén) cualquier proyecto o iniciativa cultural que recibe de autores inmigrantes del Sur.

El gobierno de la Generalidad de Cataluña, a su vez, dispone, igual que el Ayuntamiento, de un departamento que gestiona los asuntos de los inmigrantes del Sur, sean cuales sean. Es la Consejería de Bienestar Social, es decir, es el ministerio de la caridad.

Nuestra integración, por lo tanto, en algunos países europeos como España puede consistir en una sólida cárcel cuyos muros se nos harán cada vez más infranqueables si nosotros y nuestros hijos quisiéramos acceder por méritos propios a los puestos que ocupan los nativos. Los efectos de esta trampa ya se padecen pero afectarán mucho más a nuestros descendientes en un futuro no muy lejano.